

Capítulo 1



Sábado, 20 de noviembre de 1909. París

*L*AS ESTUDIANTES de la Academia Lafond se enteraron de que su compañera Rose Champion se había suicidado, una mañana invernal, mientras estaban en clase, poco antes de las diez. El calor de la salamandra, negra y escandalosa, aún no llegaba a todos los rincones de la sala y las mujeres que ocupaban los lugares más alejados tenían que calentarse un poco las manos con el aliento para poder pintar. Maud Heighton era siempre de las primeras en llegar, lo cual quiere decir que todos los lunes, cuando elegían modelo para la semana, podría haber colocado su caballete en el mejor sitio de la sala. Pero a la inglesa le gustaba sentarse al fondo, en el ala oriental del estudio. Era como si le complaciera el reto que suponía observar el pedestal que ocupaba el modelo, ya fuera hombre, mujer o niño, desde aquel ángulo, y semana tras semana volvía a colocarse en el mismo sitio, cuando había otros más cálidos o más cómodos, que ofrecían una perspectiva más fácil.

Allí estaba Maud aquella mañana, callada y concentrada como siempre, cuando oyó que alguien subía atolondradamente por las escaleras y entraba anunciando que Rose había muerto. Por eso fue de las primeras en enterarse. Fue una pena —algo terrible, incluso— que las estudiantes recibieran la noticia de manera tan cruda y precipitada, pero hasta en las instituciones mejor regentadas estas cosas ocurren.

Fue la casualidad la que quiso que las mujeres que pintaban en Passage des Panoramas se enteraran de la tragedia de manera tan rápida y tan brutal. Uno de los estudiantes de Lafond, un joven inglés y romántico llamado John Edwards, vivía en la habitación contigua a la de Rose Champion en un destartalado edificio que había detrás del boulevard Clichy. Era un edificio incómodo, sin gas ni electricidad, con un solo grifo, que tenían que compartir todos los inquilinos. Sabía que su vecina de habitación estudiaba en uno de los talleres de pintura organizados solo para mujeres, pero no era lo suficientemente guapa como para fijarse en ella, sobre todo cuando las calles estaban llenas de francesas que ponían todo su empeño en deslumbrar miradas masculinas. Y es más, suponía que, por ser mujer, apenas tendría nada interesante que contar sobre arte. Cuando alquiló la habitación, sin embargo, sí se fijó en que Rose era una chica limpia y que tenía su armario siempre bien aseado, por humilde que fuera, y aquello le gustó, pero aparte de eso no pensó más. Durante el mes en que fueron compañeros de piso, mantuvieron una breve conversación en la escalera sobre la Academia Lafond. La interrumpieron cuando John le pidió que le enseñara su obra y Rose le contestó que no la iba a entender. Como el joven solo había pretendido ser

educado, se sintió ofendido ante semejante negativa. Y ya no volvieron a hablar.

Las paredes que separaban una habitación de otra eran muy delgadas. Aquella mañana John estaba despierto por casualidad, esperando a que la luz gris mate del amanecer parisino empezara a filtrarse y a iluminar el cielo. Eran justo la hora y la estación del año en que la ciudad se mostraba segura de sí misma. En plena oscuridad los cenáculos y cabarés brillaban como diamantes. En ese momento la ciudad era una mujer vestida de noche, convencida de su elegancia, eternamente fascinante. El aire olía a castañas asadas, y la música que salía de los cafés, desde los más humildes hasta los más fastuosos, invadía las calles. A plena luz del día París era chic e incontestable. Las tiendas, refinadas, eran puro color y tentación, y cualquier esquina ofrecía motivos que plasmar en un lienzo. Era moderna, sin caer en la vulgaridad, exquisita, sin rayar en la rigidez o el hastío. Únicamente a esta hora, justo antes del amanecer de una mañana de invierno, la ciudad resultaba realmente un tanto mustia, un tanto deslucida. Los toldos estaban recogidos, y los cafés, todos cerrados, o a punto de cerrar. En las calles no había casi nadie, solo algún que otro individuo, de rostro enrojecido y demacrado por el alcohol y el tabaco, buscando taxi en la Place Pigalle, o mujeres maduras que limpiaban las aceras con cepillos de cerda.

Sentado junto a la ventana, con una manta por los hombros y la pipa bien sujeta en la boca, John Edwards pensaba en Matisse, en esos sólidos bloques de color que en ocasiones resultaban tan feos, pero de una fealdad más noble que la belleza. Se veía a sí mismo exponiendo esta idea ante los poetas y

pintores que se reunían en el Lapin Agile de Montmartre; se los imaginaba a todos asintiendo con rostro severo y comentando a sus amigos que habían conocido a un inglés inteligente, de gran talento. Lo presentarían a los marchantes más interesantes de la ciudad, a los mejores coleccionistas y críticos. Escribiría un manifiesto...

Cuando estaba disfrutando de la inauguración de su primera y soberbia exposición individual, oyó que se caía una silla y el crujir de una soga. Estaba claro de dónde venía el ruido. Se quitó la manta, salió corriendo al pasillo y empezó a golpear la puerta, gritando el nombre de la mujer, mientras giraba frenéticamente el picaporte. Estaba cerrado por dentro. En el momento en que intentaba abrir la puerta con el hombro, todos los demás vecinos ya estaban en el pasillo mirando, asomados por los barrotes de la barandilla, medio dormidos. Por fin saltó el pestillo y el joven accedió bruscamente a la habitación. La mujer había colgado la cuerda de una de las vigas centrales. Su cuerpo aún se balanceaba un poco, como un péndulo justo antes de detenerse. John tuvo que chillarle en plena cara al atontado camarero que vivía en la otra habitación de su misma planta para que le ayudara a bajarla. Demasiado tarde. Lo más probable es que la mujer estuviera muerta antes de que el joven empezara a llamarla a gritos.

La pusieron sobre la cama, mientras una de las mujeres iba a Le Rat Mort, en la Place Pigalle, para avisar a la policía. El joven se quedó junto al cuerpo hasta que llegaron. La amargura de la habitación le oprimía, como si Rose Champion hubiera dejado tras de sí un espíritu desesperado, que le susurraba al oído lo inútiles que eran sus vanas ambiciones.

Cuando llegó la policía, John Edwards ya no era ni joven ni romántico. En cuanto los gendarmes hicieron acto de presencia y el coche fúnebre se llevó el cadáver a la morgue, guardó todas sus cosas en el baúl y se marchó de la casa para siempre. Se acercó a la Academia Lafond para informar a su profesor de lo que había ocurrido y decirle que pensaba irse de París, pero el maestro no estaba, y la manera en que la señora Lafond le contestó, un tanto a la ligera, terminó de sacarle de sus casillas. En vez de dejar una nota, le contó sin más a la señora lo que había pasado, quizá con más detalle del necesario y sin tener en cuenta que había una criada delante. No pudo quitarse de la cabeza el rostro desencajado de la muchacha mientras organizaba todo para regresar a la confortable casa de su madre en Clapham y retomar allí su puesto de funcionario de la Compañía Aseguradora Howarth, en la city londinense. La verdad puede ser excesiva.

La criada que estaba en la habitación era la encargada de atender a las damas en el taller de Passage des Panoramas. Antes de que la señora Lafond pudiera decirle que no divulgara la noticia, la muchacha salió disparada de las oficinas de rue Vivienne; por eso la noticia se extendió, extraña, inquietante, destilando amargura.



PESE A QUE LAS MUJERES que estudiaban en la Academia Lafond pagaban dos veces lo que los hombres, las instalaciones del estudio no pasaban de suficientes. La única luz que había entraba por el acristalado de la cubierta, y, como la sala era estrecha, de techos altos, a veces daba la impresión de que las

modelos estaban posando en el fondo de un pozo. La estufa resultaba imprevisible y parecía siempre malhumorada. Pero a pesar de todo, merecía la pena pagar ese dinero y estudiar arte. Los estudiantes varones eran tan groseros que al final las mujeres de clase media no pudieron trabajar en grupos mixtos; y compartir modelos al natural con los hombres terminaba por provocar desagrado. En los estudios de mujeres, las chicas conseguían formarse como artistas sin sacrificar su dignidad, ni su reputación, y aunque los profesionales que las visitaban no se entregaban con el mismo afán a la hora de orientarlas, al menos iban, de manera que una chica normal podía progresar lo suficiente, y sus familias sabían que, pese a ser artistas, sus hijas estaban razonablemente protegidas. El suicidio de una estudiante abría un interrogante en lo que se refiere a la respetabilidad de este tipo de estudios; con lo cual, si se hubiera comunicado con discreción, lo más probable es que la noticia no hubiera trascendido. Sin embargo, las cosas fueron como fueron y la noticia salió de la oficina de Lafond, voló por las escaleras y desembocó en la sala donde Maud Heighton y sus compañeras estaban trabajando.

Al oír el lamento de estupor de la instructora, Maud, que estaba encaramada en su taburete con la paleta en la mano, volvió la cabeza. Mademoiselle Claudette se hizo varias cruces en el pecho. Cerró los ojos con fuerza —unos ojos almendrados—, durante unos segundos y ayudó a la criada a depositar la tetera de agua sobre la estufa. Una vez que el objeto estuvo a salvo, apoyó la mano sobre el hombro de la muchacha.

Maud frunció el ceño, abstraída como estaba en aquella expresión, en aquel gemido de estupor. El sonido le recordaba

algo. Y entonces le vino a la cabeza. Era el mismo que había emitido su cuñada, Ida, la mañana del fuego. James, su hermano, paró el coche justo al lado de Maud, que estaba de pie, delante de una multitud de gente absorta, con el pelo todo despeinado y la cara llena de hollín. Ida se había bajado del coche sin esperar a que James le abriera la puerta y, al ver las ruinas humeantes de la casa de subastas y el edificio donde se habían criado los hermanos, produjo el mismo suspiro, la misma expresión de estupor.

Maud se volvió hacia mademoiselle Claudette justo en el momento en que la mujer apoyaba la mano sobre el hombro de la muchacha. La instructora era normalmente una mujer de movimientos bruscos y nerviosos, y por eso este gesto resultaba dulcemente íntimo. Maud tenía ganas de chascar los dedos para que el mundo se detuviera, como si pudiera captar la imagen e inmortalizar lo que estaba viendo; las demás jóvenes, haciendo caso omiso de la modelo, habían apartado sus acicaladas cabezas de los caballetes y fijaban sus miradas en las dos mujeres que estaban de pie, juntas, al lado de la estufa. Maud se formó la composición final en su mente: una conversación titulada «La noticia». El haz de luz que se filtraba por el techo cruzaba la espalda de mademoiselle Claudette, dejando el rostro de la muchacha en sombra. ¿Sería posible plasmar el desconcierto en una pintura?, se preguntaba Maud, ¿ese momento en que uno percibe que hoy no va a ser como los demás días?

Mademoiselle Claudette acompañó a la muchacha a la puerta del estudio y cerró al salir. Todavía se cernía sobre las mujeres el ambiente de concentración medio sagrado que allí reinaba; las mantenía en silencio, aunque nadie volvió a dar ya

una sola pincelada. Estaban inmóviles, como sirenas bajo el agua, esperando que una de ellas se atreviera a salir a la superficie, a respirar la incertidumbre del aire.

—¡Ha muerto Rose Champion! —dijo por fin Francesca.

Ya estaba. Por la sala corrió todo tipo de exclamaciones. Los elevados muros reproducían el eco de las paletas y los pinceles abandonados a un lado, mientras todas las mujeres dirigían la vista a la prusiana regordeta que había roto el silencio. Tenía los ojos húmedos y le temblaba el labio inferior. Con la blusa de cuello alto que llevaba, parecía una botella de champán a punto de estallar.

—La criada dijo que se había suicidado. Que la encontraron colgada en su habitación esta mañana. ¡Dios mío!, ¡ten piedad de nosotros! ¡Pobre Rose! —dijo, mirando a su alrededor—. ¿Cuándo la vimos por última vez?

—Yo creo que fue en verano —respondió una rubia de caderas estrechas, una de las americanas que en francés mantenía un acento inequívocamente yankee—. Este año no ha vuelto, ¿no? —Las demás asintieron—. ¿Alguna la ha visto desde entonces?

—Yo la vi una vez —dijo por fin Maud, acordándose de aquel hecho mientras hablaba. Sintió que todas las mujeres se volvían hacia ella, que hablaba tan de cuando en cuando—. Estaba en los jardines de las Tullerías, haciendo un boceto del señor Pol con sus gorriones. —Sus compañeras asintieron. Pol era una institución en París, que todo el mundo conocía; estaba siempre a la puerta del Louvre, con su canotier, silbando a los pajarillos y llamándolos por su nombre—. Hará un mes. Estaba más delgada, pero... como siempre.

Una de las estudiantes se puso a preparar té y el agua hirviendo salpicó un poco. La chica soltó un taco en su lengua, suspiró, retiró la tetera y sacó una moneda para pagar la multa. Claudette usaba ese dinero para comprar pastelitos y pastas para los recreos de la mañana. Cuando escaseaban los fondos, se multaban unas a otras si usaban un lenguaje inapropiado. En el mundo del arte parisino se decía que las chicas de Lafond pintaban como verdaderos académicos y hablaban como princesas.

—Pobre Rose —dijo Francesca en un tono más suave. Las demás suspiraban o movían la cabeza consternadas.

La sala empezaba a llenarse de susurros y de humo de cigarrillos. *La pauvre, la pauvre...*, las palabras se repetían como un eco, como una oración comunitaria.

Maud miró a ver si todavía había algún cuadro de la señorita Champion colgado de las paredes. Más o menos una vez al mes el señor Lafond, que visitaba a sus estudiantes dos veces por semana, asentía complacido ante el trabajo de una de ellas y le decía: «cuélguelo, querida». Esto suponía un gran honor. Francesca llegó a chillar cuando Lafond seleccionó uno de sus cuadros. Aún no había seleccionado ninguno de Maud. A principios de año Maud había presentado una pintura al Salón oficial de París —el retrato al óleo de una compañera de clase de medio cuerpo— y había sido admitida, pero aunque los académicos reconocieran en ella un estilo cuidado y bien trabajado, digno de la exposición del Grand Palais, Lafond no consideraba que la chica hubiera producido nada lo suficientemente atrevido como para adornar las heladoras paredes del aula que tenía en el ático.

Maud había escrito a su hermano y a su cuñada contándoles que tenía un cuadro en la exposición. Aunque todos, hasta en el nordeste de Inglaterra, habían oído hablar del Salón de París, la reacción de James no fue la que ella esperaba. Si se hubiera mostrado orgulloso o impresionado, le habría pedido un préstamo para pasar el verano en Fontainebleau y recuperarse así del calor y el polvo de la capital. Parece que las demás mujeres que estudiaban con ella tenían dinero para hacerlo. Pero su hermano lo único que le había preguntado era si veía probable venderlo, recordándole que aún le debía diez libras. Su pequeño hermanastro Albert, sin embargo, le había mandado un dibujo con un grupo enorme de hombres con sombrero, parados alrededor de un cuadro y gritando ¡hurra! No hubo venta. El retrato que había hecho estaba colgado muy arriba y, entre tantas otras obras parecidas, pasó inadvertido.

Sí que había un lienzo de Rose Champion. Representaba la Place Pigalle al amanecer. Las figuras humanas quedaban apenas esbozadas, imprecisas, difusas en el movimiento. Uno de los nuevos autobuses de dos pisos, solo identificable por el tamaño y el color, circulaba por el boulevard Clichy. Junto a la fuente se entreveía borrosamente un grupo de figuras femeninas, las modelos, la mayoría italianas, algunas francesas, que se reunían allí todas las mañanas esperando a que las contrataran los artistas de Montmartre y Pigalle. Estaban dispersas, como hojas caídas bajo los árboles desnudos de finales de otoño. Rose había volcado su atención en la luz. En cómo transformaba la claridad de los enormes edificios de piedra en tonos melosos; en el vigor y el volumen de los hoteles y los bloques de apartamentos, las sombras purpúreas y verdosas, los refle-

jos de las rejas de los balcones, negras como el carbón. La americana tenía razón: Rose no había vuelto al estudio desde el verano, pero allí estaba su cuadro. El señor Lafond debió de comprarlo para él. Maud sintió como si alguien le estuviera oprimiendo el corazón, apretándoselo entre las manos. La chica había muerto y, aun así, estaba celosa.

—Estaba enferma —le dijo la americana a Francesca—. Fui a verla antes de irme a Bretaña este verano. Dijo que todo lo que había hecho era un desastre y que no le quedaba... —siguió, frotándose las yemas de los dedos— ...dinero. Nunca he visto a una mujer tan orgullosa y tan pobre. La mayoría de las chicas son una cosa o la otra, ¿no os parece?

—Yo la vi hace una semana —dijo una mujer algo mayor, que se sentaba junto a la modelo. Era un poco cargada de espaldas—. Estaba en la puerta de la galería Kahnweiler. Parecía preocupada, pero no me dijo nada.

Maud se preguntaba si Rose habría visto algo especial en las pinturas salvajemente angulosas que vendían en Kahnweiler, que ella no lograba reproducir, y si esto habría sido suficiente motivo para suicidarse. O ¿fue el hambre? Más probable. El hambre dilapida todas tus esperanzas. Maud estiró el brazo para verse la mano. Le temblaba. Odio ser pobre, pensó. Odio tener hambre. Pero sobreviviré. Un año más y podré pintar como realmente me gusta y la gente comprará mi obra y comeré lo que quiera y no pasaré frío. A ver si consigo pasar otro invierno.

Levantó la vista, con esa extraña sensación de que alguien estaba escudriñándole el pensamiento. Yvette, la modelo que esta semana trabajaba para la clase de pintura al natural, la observaba, mientras fumaba, sentada en el estrado, con la túnica descui-

dadamente echada por los hombros y sacudiendo con los dedos el cigarrillo de manera mecánica para echar la ceniza al suelo. Era una de las favoritas del estudio, siempre complaciente, aunque le pidieran que posara en ademanes difíciles, muy controlada y hierática cuando trabajaba, pero animada y siempre dispuesta a hablar con ellas sobre otros estudios, durante las pausas. Yvette era algo mayor que algunas de las chicas y Maud se preguntaba qué pensaría de ellas cuando las miraba desde el estrado con sus enormes ojos azules, qué sería lo que miraba mientras ellas intentaban reproducir la mímica juguetona de la luz, proyectada sobre sus hombros desnudos, sobre sus pronunciados pómulos. La modelo hizo una leve inclinación de cabeza dirigiéndose a Maud y desvió la mirada. En su rostro, desde esa perspectiva, se podía ver que estaba sumida en un pensamiento profundo e íntimo.

Mademoiselle Claudette regresó al estudio y se dio cuenta al punto de que la noticia que iba a dar ya se conocía. Los hechos que podía aportar no hacían sino reproducir lo que Francesca había oído.

—¿Alguna de ustedes sabe algo de la familia que tiene la señorita Champion en Inglaterra?

—Creo que tenía una tía en Sussex con la que vivió de niña —dijo Maud en medio del silencio reinante—. Pero no tengo ni idea de la dirección. ¿No se ha encontrado ninguna carta?

—Algo encontraremos, espero. Muy bien. —La mujer se miró el reloj—. Faltan diez minutos para la hora. Volvemos al trabajo a y diez. El señor Lafond me ha dicho que les transmita que a la vista de tan desgraciado acontecimiento se reserva

hasta mañana el placer de venir a verlas. —Por la sala corrió un rumor de contrariedad colectiva. Mademoiselle Claudette hizo como si no lo oyera, aunque frunció el ceño mientras cerraba su reloj y se volvía hacia la mesa del té.

—¿Es que teme que se produzca una cadena de suicidios si nos dice hoy que somos unas desgraciadas y unas zoquetas? —dijo Francesca, un poco en alto. Las estudiantes empezaron a levantarse y a estirar las articulaciones y fueron acercándose a la mesa en la que estaban las tazas apiladas junto a unos plattos de pastas.



—¡QUERIDAS MÍAS, buen día! ¿Cómo estáis esta desventurada mañana? ¿Por qué tenéis todas ese gesto tan terriblemente abatido?

Tatiana Sergeyevna Koltsova entró rodeada de una nube de pieles y perfumes. Maud sonrió. Daba gusto mirarla. Pese a que era rusa, a Maud le parecía que Tanya representaba el verdadero espíritu parisino, un lugar en el que Maud no había podido introducirse: brillante, bello, moderno, luminoso. Hablaba con Yvette, bromeaba con el propio Lafond y todos parecían encontrarla encantadora. Si bien no era del agrado de todas las estudiantes —a nadie con buen aspecto, talento y dinero le faltan enemigos, —Tanya parecía mantenerse en una bendita ignorancia ante cualquier inquina que pudiera haber contra ella.

Francesca, que estaba cogiendo algo de la mesa, se incorporó.

—Sé un poco más amable con nosotras hoy, cielo. Se nos ha muerto alguien de la familia.

La rusa se tapó bruscamente la boca con el guante de terciopelo que llevaba en la mano. Al tiempo hizo un ligero con-toneo para liberarse de las pieles, dejándolas caer sin más, mientras la vieja y robusta criada que la acompañaba se apresuraba a recogerlas antes de que rozaran el suelo, todo manchado de pintura. Maud observaba la escena mientras Francesca explicaba los hechos en voz baja. A la rusa se le inundaron los ojos de lágrimas. Eso era lo que pasaba con Tanya. Se sentía realmente conmovida con el sufrimiento ajeno, incluso cuando se quitara la capa despreocupadamente, sabiendo que siempre había una criada detrás para recogerla. Llegaba tarde todos los días y cuando entraba aún irradiaba a su paso el bienestar de unas sábanas sedosas y el aroma a chocolate caliente. Después se ponía a pintar, totalmente absorta, durante horas hasta que terminaba la clase y las mujeres empezaban a recoger. Se sacudía un poco la pintura y miraba a su alrededor con una sonrisa, satisfecha de ver el lienzo vibrante y colorista.

Yvette se abrochó la bata, bajó del escaño de modelo que había en el estrado y pasó por la mesa para coger un pastelillo salado, mientras tiraba la colilla al suelo. Con el hojaldre en la mano, se dirigió hacia la rusa, la agarró del brazo y la sacó del grupo para llevarla al otro extremo de la sala. Fue como si el movimiento hubiera despertado a Maud. Se levantó y se acercó a la comida para servirse algo, intentando no moverse con demasiada brusquedad ni coger demasiado. Empezó a comer lo más lentamente que pudo.

Mientras Maud estaba aún relamiéndose los labios, la rusa apareció de pronto a su lado, como si fuera un espíritu.

—¿La señorita Heighton? —En medio de su desconcierto, Maud consiguió musitar un «buenos días». Nunca había mantenido una conversación con Tanya, solo la había observado de lejos, como si entre ellas se levantara una mampara de cristal—. Sé que no es el día más adecuado para pasear, pero ¿le importaría dar una vuelta conmigo después de que hayamos recogido aquí? Quiero preguntarle algo.

Maud contestó que estaría encantada. Tanya le sonrió, mostrando su bella dentadura, y volvió a su sitio, perdido en medio del frondoso bosque de caballetes. Maud también regresó a su sitio, al otro lado de la sala, y se quedó mirando fijamente el lienzo que tenía delante, pensando en qué querría la rusa de ella. La modelo volvía a su posición en el estrado. Miró a Maud y le guiñó un ojo. Maud sonrió sin demasiada confianza y cogió el pincel.

De nuevo en la sala empezó a reinar el acostumbrado aire de concentración, con Rose Champion ya, hasta cierto punto, olvidada. A Maud el refrigerio le había abierto el hambre, más que quitársela, o al menos eso parecía. Cerró los ojos un momento, hasta que se le pasó la punzada que le horadaba el estómago, y se puso a pintar.